

Capítulo 6

La familia agraria. Un caso donde la familia es prioritaria en el proyecto vital de las madres

José Ramón Mauleón Gómez

La pauta de constitución de las familias, y la propia valoración que se tenga de la familia, varía en función de variables como la edad, el sexo, el nivel de estudios, la ocupación o el tipo de hábitat donde se reside. Este capítulo tiene por finalidad indagar la influencia que puede ejercer en esta valoración el estar ocupado en el sector agrario.

Algunos estudios ya han apuntado la presencia de distintos tipos de familias en el medio urbano y en el rural. El trabajo realizado por Kua-litate Lantaldea indica que entre las parejas mayores de 45 años del ámbito rural domina un modelo de familia tradicional, mientras que entre las parejas menores de 30 años del ámbito urbano prevalece un modelo de familia más moderno (2002:61). Otra investigación, la de Solsona (1994) viene a corroborar la singularidad que presenta el medio rural. Esta autora presenta ocho itinerarios laborales distintos en función de que la mujer abandone o inicie una actividad laboral a raíz de su matrimonio o del nacimiento de su primer hijo, y observa que en los municipios menores de 10.000 habitantes adquiere mucha importancia el itinerario en que la mujer mantiene su actividad laboral. Para la autora, esto se debe a que en la actividad agraria del norte peninsular el papel de la mujer es fundamental para mantener la explotación agraria familiar (149).

Los datos existentes sobre el peso relativo de cada tipo de familia en función del tamaño del municipio vienen a corroborar cierta singularidad del medio rural. Los referidos al País Vasco (ver Tabla 1) permiten extraer tres grandes conclusiones de tipo cuantitativo¹:

- Las familias del tipo «*nuclear con hijos*» son las más numerosas en todos los tamaños de municipio. Su importancia oscila entre el 42,2% y el 50,8%.
- La familia extensa pierde importancia a medida que aumenta el tamaño del municipio. Este tipo de familia viene formada por las familias «*ampliadas*» (un núcleo familiar en el que viven una o varias personas emparentadas), y las «*polinucleares*» (dos o más núcleos familiares). Mientras en los municipios menores de 5.000 habitantes suponen el 14,5% de las familias existentes, en los municipios con más de 100.000 habitantes este porcentaje se reduce al 9,2%.
- La familia «*nuclear sin hijos*» adquiere más importancia a medida que aumenta el tamaño del municipio. Mientras en los más pequeños supone el 13,3% de todas las familias, en los municipios más grandes asciende al 16,1%.

En otras palabras, el estereotipo de que en los pueblos las personas viven en familias extensas y que en las ciudades viven en familias nucleares, se cumple muy débilmente.

Tabla 1

Tipos de familia según el tamaño del municipio (en %). País Vasco. Año 1996

	<5.000	5.001-10.000	10.001-40.000	40.001-100.000	>100.000	Total
Unipersonal	16,9	13,7	13,6	13,1	17,2	15,4
Compuesta	3,7	2,4	2,3	1,9	3,4	2,9
Nuclear sin hijos	13,3	14,9	15,2	16,0	16,1	15,5
Nuclear con hijos	42,2	49,6	50,0	50,8	44,1	46,8
Monoparental	9,4	8,7	9,1	9,2	10,0	9,4
Ampliada	9,5	7,5	7,2	6,7	7,0	7,3
Polinuclear	5,0	3,2	2,6	2,3	2,2	2,6
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Elaboración propia según datos de Eustat (1999:79).

¹ Estas conclusiones deberían ser completadas con un análisis más cualitativo que permitiera conocer las características demográficas y sociológicas existentes detrás de cada tipo de familia.

A pesar de que el medio rural presenta cierta singularidad frente al urbano, hablar de la «*familia rural*» sería tan impreciso como hablar de la «*familia urbana*». La edad, el sexo, o la ocupación influyen en la valoración que tienen los residentes rurales sobre la familia. En el caso de la ocupación, la actividad agraria ha dejado de ser la fuente de empleo más importante, por lo que no puede identificarse la «*familia rural*» con la «*familia agraria*». La familia agraria es uno de los tipos posibles de familia del medio rural porque posee unas características específicas. Presenta rasgos singulares porque en el trabajo agrario, al igual que en otras ocupaciones estructuradas en torno a la mano de obra familiar, resulta difícil desligar el ámbito doméstico del laboral. De esta forma, cualquier miembro desempeña dos roles: como miembro de la familia, y como trabajador en la explotación agraria. Este rol productivo de cada miembro de la familia se ha ido debilitando en los últimos años a medida que la actividad agraria está dejando de ser una forma de vida de la familia para convertirse en la ocupación de alguno de sus miembros (sobre todo del padre). No obstante, todavía se mantiene (sobre todo en las producciones que requiere mucha mano de obra como son las producciones ganaderas) la implicación de los ancianos, cónyuge e hijos en ciertas tareas agrarias.

Los resultados que se presentan a continuación proceden del análisis de uno de los Grupos de Discusión realizados para esta investigación. Este Grupo estaba constituido por siete mujeres entre 35 y 58 años, con una edad media de 47 años. Esta edad las sitúa en lo que ha sido definido en el capítulo metodológico como la «*generación intermedia*».

Las asistentes residen en pequeños municipios pertenecientes a la comarca de la Rioja Alavesa. Desde el punto de vista agrario, es una comarca donde predomina el cultivo de la vid, un trabajo reservado a los hombres donde las mujeres ayudan ocasionalmente en ciertos trabajos del campo. Cinco de las asistentes ayudan al marido en estos trabajos, y otra ha dejado de hacerlo recientemente debido a su edad. Sólo la más joven carece de esta vinculación con la actividad agraria. En la discusión del grupo queda patente que desempeñan el rol de «*esposas de agricultores*».

El hecho de dedicarse a la viticultura, una de las actividades agrarias más rentables en la actualidad, genera una especificidad de estas familias agrarias. Se observa, por ejemplo, que las hijas pueden acceder a estudios superiores, y que los hijos se encuentran dispuestos a suceder al padre en la explotación agraria, algo que no es

frecuente en otras familias agrarias, especialmente las dedicadas a producciones ganaderas.

En las siguientes páginas se tratará de reconstruir el discurso que comparten estas mujeres ante la familia. Puede adelantarse que la familia ocupa una posición preeminente en su escala de valores. Todas coinciden en situarla como la principal prioridad en su vida, antes que el trabajo, las amistades, o la realización de actividades personales. Su prioridad es tal, que atenderla se convierte en su principal rol social. Su tarea consiste en atender a los demás miembros del grupo familiar, y de esta tarea emana su identidad como personas.

Estas mujeres tienen dos o más hijos con edades superiores a los 18 años, por lo que se encuentran en una fase del ciclo familiar en la que los hijos desean alcanzar un mayor grado de independencia. Este hecho es el que adquiere mayor relevancia para caracterizar la percepción que tienen de su familia en la actualidad. Sus valoraciones actuales sobre su familia son muy distintas a las que tenían hace diez o veinte años, y serán diferentes, probablemente, a la que tendrán dentro de otros diez años.

6.1. El concepto de familia

Cuando hablan de la familia se refieren a los miembros que viven juntos en la misma vivienda. El hecho de compartir una casa, el «hogar», acota humana y espacialmente los límites de lo que entienden por familia. Es como si la preocupación y la responsabilidad sobre otras personas se limitara a aquellas con las que se comparte el mismo espacio privado. La familia viene constituida por el matrimonio, sus descendientes y, con frecuencia, por antecesores u otros familiares. A lo largo del Grupo de Discusión no se hizo referencia a familiares en otras viviendas².

El concepto de familia que comparte este grupo de mujeres incluye, necesariamente, tener hijos. Casarse, y no tener hijos, no lo contemplaron como una posibilidad. Consideran que un matrimonio que carece de hijos le falta algo para alcanzar la felicidad. Los hijos son vistos como los elementos que proporcionan alegría a la vida familiar. La ausencia de hijos es considerado como algo «insípido», o «soso» (G.9, 21).

² El hecho de no hacer referencia a familiares con los que no conviven puede deberse a que se encuentran en otro hogar, y hay quien se responsabiliza de ellos.

El ciclo familiar en que se encuentran hace que algunos de los hijos estén estudiando o trabajando fuera del pueblo, y que no residan durante la semana en la casa familiar. Estos hijos, aunque residen temporalmente fuera de la vivienda, también forman la familia. En estos casos, el contacto familiar se mantiene de manera regular mediante las conversaciones telefónicas y, físicamente, los fines de semana en que vuelven a la casa de los padres. Estas visitas durante el fin de semana, estas entradas ocasionales en el espacio de la casa, parecen vitales para recrear la idea de familia:

«—Uno está casado y otro está en casa

—Yo tengo una de 26 que vive en casa. Todavía es hija soltera.

—Una estudiando en Vitoria, y la otra se ha casado y vive en Lanciego. Y están estudiando, entonces los fines de semana o en vacaciones, o... Y si no la otra viene y se queda, y está como en casa... Se marcha uno y vienen dos, como suele decirse. Y que sigan viniendo, se está mejor» (G.9, 2).

Es sólo cuando los hijos se casan y «se marchan» a otra vivienda cuando la composición de la familia se modifica. Este suceso familiar es de extraordinaria importancia porque los hijos se independizan económica, física y emocionalmente de los padres. Los padres reducen su atención, preocupación y responsabilidad sobre los hijos.

El concepto de familia que comparten estas mujeres incluye, además de los descendientes, a otros familiares que residen en la vivienda. Tres de las asistentes viven con los suegros desde que acudieron a la casa de éstos al casarse, y una vive con una tía soltera³. Las relaciones con esta generación mayor parecen buenas, y se mantiene una cooperación mutua. La generación mayor recibe compañía y es atendida, y la generación joven recibe ayuda en la crianza de los hijos. El hecho de compartir la casa parece generar este tipo de obligaciones recíprocas. Al preguntarles si viven con personas mayores:

«—Yo con dos. Mis suegros.

—Y yo también.

—Pues yo no.

—Yo sí una tía que ha vivido toda la vida conmigo, soltera. Me ha criado al hijo cuando yo estaba trabajando... me ha ayudado

³ La presencia de familias extensas entre las participantes al Grupo de Discusión confirma, tal como se ha indicado al comienzo de este capítulo, la mayor presencia de este tipo de familias en el medio rural del País Vasco.

muchísimo. Entonces, cuando nos cambiamos de casa, se vino a vivir conmigo. Y yo de pequeña he vivido con ella.

—Yo, desde que me casé, mis suegros con nosotros. Y sí han colaborado con la crianza de los hijos... aunque yo no he trabajado fuera de casa. Cuando más voy al campo es ahora, antes, de pequeña, iba menos. Siempre me ha ayudado a criar a los hijos...

—... al vivir con ellos, quieras que no, pues...

—Yo mis hijos muchas veces no quieren venir (de vacaciones) y prefieren quedarse con los abuelos, sin ningún problema. De pequeñitos, sin ningún problema. Hasta que han sido, que han querido venir con nosotros, bien, pero con 14 años que ellos no quieren venir con sus padres... se quedan con los abuelos y tan felices» (G.9, 3-4).

La familia constituye un elemento prioritario en la vida de estas mujeres. Adquiere tal importancia que su principal rol es atender la familia. Esta atención parece materializarse en dos ámbitos distintos: ayudar al marido en el trabajo agrario (ámbito productivo) y, sobre todo, atender a los mayores, al marido, y a los hijos (ámbito reproductivo).

6.2. Trabajo agrario de las madres

De las siete asistentes al Grupo de Discusión, cinco ayudan ocasionalmente en ciertos trabajos de las viñas, y una lo ha dejado recientemente por su elevada edad. Las tareas agrarias que realizan no fueron identificadas suficientemente durante el Grupo de Discusión, pero se caracterizan por ser poco especializadas, no estar mecanizadas, y estar orientadas a ayudar al marido. Es un tipo de trabajo que algunas autoras lo han denominado como de «*mano de obra de reserva flexible*» (Canoves, 1989:46), o de «*comodín*» (García Ramón, 1990:260). Al hablar de su trabajo en la agricultura señalan:

«—También es que aquí una mujer del campo es distinto, porque siempre tienes que echar una mano al marido para cualquier cosa.

—¡Eso es!

—Si están ellos en el almacén “oye, baja para que me ayudes a...”. Qué se yo, cualquier cosa. O, “llévame a tal sitio, porque yo me voy a ir, para que me traigas en el coche...”. Es que es distinto.

—Lo que pasa es que la mayoría de los que trabajan por aquí en la empresa tienen campo. Y entonces salen de la empresa, y al campo.

—Son los que llamamos “mixtos”. Que trabajan en una empresa, pero todo el mundo tiene campo.

—Siempre tienes que estar echando una mano» (G.9, 28).

Este trabajo que desempeñan tiene importantes consecuencias para ellas. Primeramente, porque genera una falta de identidad profesional. No existe una separación temporal y espacial entre la reproducción de la fuerza de trabajo, y la producción de bienes. Mientras el padre tiene un horario y espacio definido para realizar el trabajo agrario, la mujer difícilmente diferencia la esfera de la producción de la reproducción (Canoves, 1989:65). En segundo lugar, porque su trabajo está poco reconocido. Sólo se considera trabajo «*real*» el que está relacionado con la producción de mercancías, y la mayoría de los trabajos productivos de las madres no están directamente orientados al mercado (García Ramón, 1990:259). Por otra parte, el trabajo productivo que realizan se encuentra subestimado e incluso es «*invisible*». El Censo Agrario, que constituye una de las principales fuentes de información a este respecto, presenta sesgos importantes porque subestima la aportación laboral de las «*ayudas familiares*», y no considera como trabajo productivo el que se realiza para el autoconsumo del grupo familiar (Canoves, 1989:46-48).

Esta invisibilidad del trabajo realizado por estas madres parece indicar que ocupan un papel subordinado dentro de la explotación agraria (Sampedro, 1996:83). Sin embargo, su contribución real a la actividad agraria es más importante de lo que puede parecer. De forma anónima, «*a la sombra*», su trabajo es central para la continuidad de la explotación agraria y de la familia. En una investigación anterior sobre las familias agrarias dedicadas a la producción de leche de vaca (Mauleón, 1998), hubo ocasión de comprobar el papel central que ocupa la madre en la explotación y en el futuro laboral de los hijos y de las hijas. Se observó que si uno de los hijos iba a continuar en la explotación agraria, la madre colaboraba realizando las tareas ganaderas que necesitaba ese hijo. Si el hijo no deseaba hacer de la explotación agraria su medio de vida futuro, la madre colaboraba con su marido en la explotación para poder dar a ese hijo un buen nivel de estudios. En el caso de las hijas, que tienden a buscar mediante los estudios su futuro laboral fuera de la explotación, la madre también adaptaba su trabajo productivo a las exigencias económicas que requería la preparación de esa hija. De esta forma, se pudo constatar que la dinámica de la explotación agraria estaba al servicio de la dinámica de la familia, y la madre, con su flexibilidad, ocupaba un papel central para aunar estos dos ámbitos.

6.3. Atención a la familia prestada por las madres

Una segunda dimensión del rol familiar que comparten estas mujeres se refiere al ámbito doméstico, a la atención al resto de miembros de la familia. A esta dimensión la atribuyen mucha más importancia que la anterior, y lleva implícita dos consecuencias importantes: dejar de trabajar en un trabajo externo a la explotación agraria antes de casarse, y criar a los hijos.

Dejar el trabajo externo era una condición para cumplir correctamente su nuevo rol: la atención a la familia. La familia sólo podía atenderse dedicando mucho tiempo al ámbito doméstico, y eso era incompatible con ocupar el tiempo en el espacio de la producción. Es fácil deducir que este conjunto de cambios suponen una ruptura importante en su experiencia y trayectoria vital. Pero esta ruptura se aceptaba con normalidad por ser lo que hacía la mayoría de las mujeres. No era consecuencia de una decisión personal sino de una expectativa colectiva. A pesar de ser una decisión que venía impuesta, no parece que la vivieron como algo indeseable. Más bien, parece que aceptaban lo que les deparaba un «destino natural»:

«—Es que eso era.

—Yo estaba trabajando y me marché. Que te marchabas.

(...)

—Porque mi marido no quería que trabajaría. Si que llevaba muchos años trabajando, pero mi marido dijo que no quería que trabajara. Porque la intención era tener hijos, y no quería que los dejara a cargo de nadie. Pues yo...

(...)

—Es que antes era esa la moda. El marchar cuando te casabas. Era lo que se hacía antes.

—Ya lo habíamos decidido desde antes, no era un “pum”...

—Antes te ibas a casar, y fuera del trabajo. A casa, a tu casa.

—Se llevaba bien.

—Una cosa normal

—A ti te educaban, mi madre siempre decía “Tu a cuidar de tus hijos, y a tu marido, y en casa”. Ya está.» (G.9, 26-28).

La finalidad del matrimonio era la reproducción. Es por esto por lo que tuvieron el primero de los hijos antes del año de casarse. La llegada de los hijos representó una gran alegría para estas mujeres. El término que se repite varias veces durante la discusión es que son una fuente de «disfrute» para ellas. La crianza de los hijos se convirtió desde entonces en el sentido de sus vidas, y a ellos dedicaban

todo su tiempo. Durante la discusión hacen referencia a las mujeres que tienen un trabajo remunerado y que no pueden dedicar tanto tiempo a estar con los hijos. Para ellas es incomprensible que estas mujeres se priven del placer de estar mucho tiempo con los hijos:

«—A mi esto de las guarderías, que los dejan a las ocho de la mañana, los cogen a los ocho de la noche... ¿cuando disfrutas de los hijos?

—Eso sí

—Con lo bonito que es verlos crecer de pequeñitos.

—Además de verdad.

—Yo no sé como podéis disfrutar...

—Pero es que hay gente que...

—Yo prefiero pasarme con menos, y disfrutar y estar con ellos» (G.9, 5).

En otro momento del debate, señalan:

«—Y los mandan a un campamento esos días...

—Quince días a un campamento, luego a otro, y digo ¿el pobre niño cuando está con sus padres?

—Y se liberan

—Yo era feliz cuando le daban las vacaciones a mis hijos

—Y yo también

—Yo a las madres que dicen “¡Ay, les han dado las vacaciones... que martirio...”. Pero yo digo, ¡por Dios!, pero si tienes hijos pequeños, ¿cuándo va a disfrutar con ellos? Yo cuando les daban las vacaciones era muy feliz.

—Nosotros estamos muy encima de ellos» (G.9, 47-48)

Este rol reproductivo asignado y asumido por estas mujeres conduce a que sean ellas las que llevan la responsabilidad de la crianza de los hijos. Los hijos son del matrimonio, pero los crían las madres. Son ellas las que pasan más tiempo con los niños, y las que parecen tener la responsabilidad de su crianza, especialmente de sus estudios. Justifican esta mayor dedicación en base al tipo de trabajo que hacen los hombres, el trabajo con las viñas. Se trata de un trabajo que dificulta que el hombre esté en casa en los momentos que están los niños. Las madres pasan más tiempo en el espacio privado y familiar, y el trabajo productivo parece incompatible con este espacio. Al preguntarles por la implicación de los hombres en el cuidado de los hijos señalan:

«—Yo creo que algo sí, pero las madres mucho más.

—¡Hombre!, porque estás más en casa.

—En reuniones que hay en la escuela, las que van son siempre las madres, padres muy pocos. En mis tiempos iban pocos.

- Pues ahora parecido.
 —Además, de los pocos que van, no son ninguno del campo. Uno es ertzaina, el otro es no se qué...
 —Por lo general, yo creo que eso sigue igual.
 —En esto de la educación y de la escuela, que hagan los deberes, las madres.
 —Para mí que sí.
 —El marido... “yo bastante tengo con trabajar”.
 —No porque en el campo no son los horarios de la ciudad. Yo, por ejemplo, tengo un amigo en la capital, Vitoria, que se ha encargado él totalmente de los hijos. Es que para las seis o así está en casa.
 —Y tu marido ¿a qué hora va a casa?
 —A las diez de la noche. Es imposible.
 —Es diferente» (G.9, 24-25).

6.3.1. Trayectoria laboral de los hijos y las hijas

Uno de los principales objetivos de las madres es preparar a los hijos para que tengan el mejor futuro laboral posible. Para estas madres, este objetivo presenta unas características distintas al medio urbano. Consideran que en las ciudades, la forma más común de garantizar este futuro es esforzándose porque los hijos tengan el nivel de estudios más alto posible⁴. Sin embargo, creen que ellas se esfuerzan más, pues también desean dejarles un «patrimonio» en forma de un piso o un terreno agrario. De esta forma, sus hijos tendrán una alternativa para encarar su futuro en el caso de que no estudien. La razón de esta mayor preocupación por asegurar el futuro de los hijos no resulta clara. Es un elemento cultural que atribuyen a una tradición aprendida de sus mayores. Parece estar orientada a tener más garantías de la reproducción económica de todos los descendientes, de reducir el riesgo de que tengan un nivel de vida peor que el de los antecesores:

- «—En el campo te preocupas más de dejar a los hijos más situados que en la capital. En la capital, cantidad de gente te dice “yo, ya, ha acabado los estudios, que se busque la vida”. En el campo, procuras dejarlos en otra situación. Si no tienen carrera que tengan campo, que tengan esto...
 —Yo, los dos míos, tienen dos carreras...
 —Es que eso lo hemos mamado de nuestros padres.

⁴ Autores como Carabaña (1993) analizan el acceso al sistema educativo como una de las estrategias de reproducción posibles de las familias.

- Mi marido decía “ya que no estudian, que estén en el campo”. Pero si tiene carrera es ya diferente.
 —Pero siempre nos preocupamos de que los hijos..., en las capitales no.
 —Pero siempre has visto en tu caso de tus padres por “dejarte, dejarte...”.
 —Claro, y si no inviertes ahora con los años que tienes, es por dejarles a tus hijos un poco más de... una finca, un piso, lo que puedes» (G.9, 12-13).

El reparto del patrimonio familiar entre los descendientes no es igual entre los hijos y las hijas. Quizás la diferencia más importante es que la explotación agraria es heredada en la mayoría de los casos por los hijos. De este forma, aunque hijos e hijas contarán con una parte del patrimonio, sólo los hijos tendrán una forma de patrimonio que constituye también una alternativa laboral: el poder trabajar en la explotación agraria de la familia. Las hijas, por el contrario, tenderán a orientar su futuro laboral fuera de la explotación agraria y, en consecuencia, la mejora de su escenario laboral requiere una mayor esfuerzo en su período formativo. Este proceso por el que las hijas se van desvinculando de la explotación y el medio rural ha sido explicado, aplicándolo a un localidad de Asturias, por Díaz Méndez y Díaz Martínez como una «*estrategia femenina de huída*» (1995). En este punto, el de la trayectoria laboral de los jóvenes, se detecta una diferencia de género importante al ser una pauta bastante común en diferentes contextos (González Rodríguez, 1993).

La exclusión de las hijas en la sucesión de la explotación agraria parece fundarse en la idea de que el trabajo agrario debe ser desempeñado por los hombres-maridos, mientras que la mujer-madre ha de limitarse a «ayudar». Este papel subordinado que se asigna a la mujer fue aceptado en su momento por las madres, pero no por las hijas en la actualidad. Es por esto por lo que las hijas busquen en mayor medida que los hijos un trabajo fuera de la explotación. Como indica Gasson, la mujer desea un trabajo externo por razones financieras, sociales y personales (1984:217-218). Esta búsqueda suele representar, no sólo la salida de la joven de la vivienda familiar, sino también del propio medio rural ante las menores posibilidades de empleo femenino en estos ámbitos (Zero Tailer Soziologikoa, 1998:113)⁵:

⁵ El abandono del medio rural por parte de la mujer joven tiene unas graves consecuencias para las zonas rurales que no pueden ser detalladas en este momento. Su salida no sólo representa una pérdida demográfica, sino una pérdida cultural y comunitaria por ser ellas las responsables de mantener las relaciones interfamiliares.

«—Yo de momento quiero que estudien. Las viñas siempre van a estar ahí. Si luego no tienen trabajo, las viñas no se las va a robar nadie.

—Yo quiero que mis hijos estudien, pero tengo un hijo con doce años, que va a hacer trece...

—Es el problema de esta zona, es que los hijos no quieren estudiar.

—Con once años ya lleva el tractor... es que le ha ido el campo...

—Mi hijo “Y para qué voy a estudiar si voy a ir al campo”. Y yo le digo “hijo tienes que estudiar, el campo viene después”.

—Y muy contentos están.

—Sin embargo, yo no sé si eso pasa en vuestros pueblos, las chicas todas a estudiar y lo que empiezan, terminan. Las chicas muy motivadas.

(...)

—Pues son más estudiosas. Mira los chicos, yo pienso, como es más fácil no romperse la cabeza, que saben que tienen un medio de vida “mis padres tienen ya un medio”. Decís que once años el tractor, el mío será el número uno en manejar todo lo que puede haber... entonces, empiezan de pequeño con eso, con los tractores, con todo y ¿qué pasa?, los estudios dicen “yo ya tengo aquí mi porvenir... ¿voy a estar yo con exámenes?, no, no, no. Yo con mis padres aquí y se acabó”. Y eso es lo que piensan. Las chicas no. Las chicas están más motivadas para estudiar. Para irse fuera de aquí tampoco. La mía trabaja en el mismo pueblo en una empresa. Y va y viene. Y si no encuentran se marchan a Logroño» (G.9, 13-14).

Esta actitud de los hijos a quedarse con la explotación agraria de los padres hace concluir que habrá relevo generacional en estas explotaciones agrarias, algo que no es común en otras zonas del País Vasco. Los altos beneficios que está reportando la producción de uva para elaborar vino con Denominación de Origen, y las buenas expectativas futuras que existen, son la causa de esta aceptación de los hijos de la explotación agraria como un medio de vida para su futuro. Las mujeres participantes en el Grupo de Discusión reconocen que el trabajo con las viñas es ahora muy cómodo por la maquinaria que existe, y que en sus casas y en su comunidad «se vive bien».

Resulta en conclusión, que esta doble alternativa laboral con que cuentan los hijos varones de esta comarca no es generalizable al conjunto de familias agrarias del País Vasco. De hecho, estas madres manifiestan de forma explícita que no aceptarían dedicarse a la actividad ganadera porque «no es rentable, da mucho trabajo, y es muy esclava» (G.9, 16-17).

6.3.2. Diferencias entre el hábitat rural y urbano en la crianza de los hijos

Estas mujeres creen que la forma de criar a los niños en los pueblos es distinta a como se hace en las ciudades. Fundamentan estas diferencias en cuatro razones.

La crianza de los hijos menores de 18 años presenta dos diferencias importantes a juicio de estas madres. La primera es que en los pueblos se conocen todas las personas, de manera que conoces a los niños y a los padres con los que están tus hijos. Esto facilita que sepas en que «ambiente» se están moviendo y que estén más «controlados»:

«—Yo veo bonito de los pueblos que conoces a todos los hijos, los amigos de tu hijo, a sus padres, qué ambientes se mueven. En una capital si te la quieren pegar, te la pegan, pero vamos... de qué manera. En ese sentido, de los ambientes en que se mueven. En la capital, en el momento en que no te controlan que vas al colegio, pues tú... me parece que a cierta edad, creo que es a los 16, ya no te avisan si van o no van. Pues ni te enteras, como ya no te llaman a casa. Aquí sí, en los pueblos, si no es hoy, mañana te enteras. Eso está claro. Vives de otra manera la niñez y la juventud. Llega el sábado, que van a Nájera, y sabes con quién van, con quién vienen... no sé qué... Que igual a la larga...

—... te la pegan.

—Normalmente te enteras.

—Están más controlados.

—En las capitales, muchas veces, oyes a madres que se llevan muchas sorpresas. Que crees que están aquí y están en otro lado» (G.9, 31).

La siguiente diferencia es consecuencia de lo anterior. Como los residentes en los pueblos se conocen entre ellos, se genera un tipo de «convivencia» distinta que permite que sea más fácil recibir ayuda ante cualquier dificultad, incluida la atención de los niños cuando estos son pequeños:

«—En los pueblos tienes otra convivencia.

—Estás todo el día conviviendo con ellos.

—Si no es una, es otra, siempre tienes a alguien.

—“Oye, vigírame, que si viene éste...”. A la vecina “oye, si viene, ¿me coges el butano?”.

—Que sí, que sí, sin ningún problema.

—Lo mismo le dejas un hijo pequeño...

—“¡Oye!, que voy, cuidame un poco al hijo”.

—Es la cosa buena que tenemos en los pueblos.

- Que nos conocemos.*
- Es distinto. Es cierto.*
- Eso es una ventaja.*
- Suele decir la gente muchas veces, que en las capitales estás rodeado de gente y estás más solo que en ningún sitio. Yo se lo he oído comentar a muchísima gente. Estás rodeado de gente, pero estás muy solo.*
- Si la gente trabaja no se conocen.*
- O no se hablan.*
- Van a lo suyo.*
- Como estén trabajando no se conocen.*
- Y oyes en la televisión, cuando ves algún caso... "no sé, es que no la conocía"...*
- Y aquí nos conocemos todas.*
- Es la convivencia.*
- Hay un ambiente distinto.*
- Mejor en los pueblos» (G.9, 33-34).*

El diálogo anterior sugiere que la peor «comunicación» que perciben en las ciudades se debe a la soledad e individualismo que genera el estilo de vida urbano. También parece indicar que el acceso de la mujer al trabajo remunerado, el no estar mucho tiempo en el espacio doméstico, puede estar debilitando un papel que ha tenido tradicionalmente: el mantener las relaciones sociales del grupo familiar con la comunidad.

Cuando los hijos crecen, el hecho de vivir en un medio rural o urbano parece que sigue influyendo en la forma como se educan los hijos. Primeramente porque estas familias no alientan a estudiar a los hijos varones tanto como en las ciudades debido a que cuentan con una posibilidad adicional para su futuro laboral: el trabajo en la explotación agraria al que se ha hecho referencia anteriormente:

«—*Pues en el sentido en que les obligan más a estudiar. En las capitales, al no tener otra cosas, les dicen a los críos "tu vas a ir aquí más..."*. Les obligan más los padres. En los pueblos les obligamos pero como nos cansamos antes porque como ya les tenemos otro medio de vida, entonces ya... Aunque les obligamos también ojo! *Que nos disgustamos cuando a los 18 años no quieran seguir nada "y yo en casa ya con mi padre"» (G.9, 30-31).*

La cita anterior refleja que las asistentes al Grupo de Discusión hacen referencia a la «ciudad» como un espacio social homogéneo, y esta generalización puede ser imprecisa. Por una parte porque esta doble alternativa a la que se refieren al hablar de sus hijos no es ge-

neralizabile a todo el medio rural, sino a los que tienen una actividad agraria. Por otra parte, porque la existencia de una doble posibilidad laboral también puede estar presente entre algunos jóvenes que viven en la ciudad, aquellos cuyos padres tienen un negocio o profesión por cuenta propia. No obstante, lo importante en nuestro análisis es captar la percepción que tienen estas mujeres aunque sea una estereotipo que simplifique la realidad.

El hecho de que los hijos varones opten con frecuencia por el trabajo en la explotación agraria más que por una formación cualificada, genera una última diferencia entre el medio rural y urbano. El estar trabajando les permite disponer de más dinero que los jóvenes de las ciudades, y esto facilita que accedan a un tipo de ocio basado en la utilización del coche para desplazarse a otras localidades cercanas durante los fines de semana:

«—*También pienso que los hijos nuestros, de todos los pueblos, tienen como más... Manejan más dinero. Tienen más dinero. Vamos a poner un ejemplo, Vitoria. Que están obligados a estudiar un poco, limitan el bolsillo, y en los pueblos no.*

—*Si los tienes trabajando para los 18 años, ya no les privas, más o menos, si puedes. Pero es que si los tienes trabajando, están trabajando. Que en la capital el que está trabajando para los 18 años, maneja mucho dinero. El que no maneja es el que estudia. Mi hijo tiene un amigo que con 18 años se ha metido a trabajar en la construcción y maneja dinero por un tubo.*

—*Pero normalmente les obligan a estudiar...*

—*No, los que no estudian no.*

—*Enseguida le colocamos el coche en la puerta.*

—*Y aquí nuestros hijos tienen su buen coche para que vayan y vengán, y al bolsillo.*

—*También necesitan los pobres su coche. No es como la capital. Es que lo necesitan el coche.*

—*En los pueblos tenemos ese problema con las universidades. Que tenemos que mandarlas o...*

—*En los pueblos el mayor problema es, yo creo, el de la comunicación. Que tienes que disponer de coche por narices.*

—*Y todo eso es dinero...*

—*Aquí el coche es una herramienta de trabajo, es que hay que entenderlo así. Es una necesidad para todo.*

—*En las capitales se vive de diferente manera» (G.9, 31-32).*

Todas las familias tienen un ciclo de desarrollo vital, y el momento del ciclo en que se encuentran estas mujeres se caracteriza por el proceso de independencia de los hijos. La culminación de este

proceso supone que se «*marchan*» de la casa de los padres y, con ello, las madres tienen que dejar de hacer lo que han estado haciendo a diario durante los últimos veintitantos años: preocuparse y atender a los hijos. Aunque el matrimonio supuso el inicio de una experiencia vital para estas mujeres (dejar el trabajo remunerado para quedarse en casa y realizar el trabajo reproductivo), se trataba de un cambio aceptado y generador de ilusiones. En esta ocasión, se enfrentan a un cambio que no desean y que les resulta muy desolador porque pone en crisis el sentido de sus vidas⁶.

Todos los hijos de estas protagonistas superan los 18 años. Algunos ya viven fuera de casa de forma definitiva tras haberse casado. En otros casos, los hijos e hijas no se han independizado plenamente, pero están estudiando fuera de la localidad y sólo se reencuentran los fines de semana. Esta separación, ya sea definitiva o intermitente, representa una experiencia muy dolorosa para estas madres porque no pueden atenderles, y esto es, lo que las ha proporcionado el sentido a sus vidas, un rol social, y la identidad personal. Para referirse al sentimiento que les produce esta separación se expresan diciendo que les produce tristeza y un «*vacío*» muy fuerte:

«—A mí cuando la primera se me fue a la universidad, se me cayó el mundo encima. ¡Ay, Dios mío! Y ya cuando el otro se fue, no tanto. Porque...

—Ya estabas acostumbrada.

—Más preparada.

—Sí, pero ya cuando se fue el segundo, ¡jo!

—Es que todavía no se nos han marchado...

—No es que te cambie la vida... algo te cambia, también, la vida, ¿no?

—El vacío ahí tienes.

—Estás más pendiente de ellos. Que lleguen el fin de semana que tienen que venir. Que el domingo los tienes que llevar. Te cambia, no es como tenerlos en casa.

—Se tiene que notar, ¿no?

—Que hay vacío.

—Pues que no hay nadie.

—Yo he estado toda la semana pendiente de que llegaría el viernes. A las dos de la tarde, porque me tenía que ir a por los hijos.

—¿Y eso te llenaba del todo?

⁶ Los sentimientos de estas madres han sido estudiados con más detalle en otra investigación (Gabinete de Prospección Sociológica, 2002:60-65).

—No, tenía una ilusión. Y luego llegaba el domingo... y decía mi marido "otra vez, solos".

—Una tristeza tremenda.

—Mucho vacío.

—Pero que se pasaba enseguida. Yo tenía la hija en Valladolid, y muchos miércoles "¡mamá!, ¿vienes a por mí que...? Es que no tengo más que una clase... Pues sí hija, ahora voy...". Encantada.

—¿Hasta Valladolid?... ¡Ah!, venía en tren hasta Miranda...

—A mí cuando "mamá, ven que..."... ¡Volaba!

—Es que los hijos te dan mucha compañía. Cuando te faltan...

—Si es que cuando se marchan de vacaciones, como fue mi caso, es que te sientes... No hay nadie en casa.

—Eso es cierto.

—¡Qué tristeza, qué nostalgia...! Yo todo el día me paso llamándoles por teléfono.

—Es que cuando éste se me va ocho días por ahí...

—Falta todo, ¿verdad?

—Se nota, si te quedas los dos solos, se nota. Es distinto.

—Hay una tristeza en casa» (G.9, 44-46).

Aunque algunos hijos mayores viven fuera de la casa, otros siguen viviendo con los padres porque están solteros y trabajan en la explotación agraria o en la localidad. Su actividad laboral les permite disponer de un coche y de dinero para su tiempo de ocio. Ya se ha indicado anteriormente que es frecuente que estos hijos e hijas se desplacen las noches del fin de semana a otras localidades próximas. Esta forma de ocio genera en estas madres mucha preocupación ante el riesgo de que tengan un accidente con el coche o puedan consumir drogas. La preocupación parece agravarse porque salen del pueblo y les resulta más difícil «*controlar*» lo que hacen⁷.

Esta forma de ocio les provoca mucho sufrimiento, y las ha hecho modificar completamente su percepción de lo que significa tener hijos. Tener un hijo ya no se asocia a la alegría, a la compañía y al disfrute, sino a una fuente de mucha preocupación que les cuesta sobrellevar:

«—No sé si es que me preocupo demasiado, no sé manejarlos. Es que me preocupo muchísimo. A mí esta edad, la estoy pasando fatal. Eso que con 18 años coge el coche, se marche a Nájera los sábados, y vuelve a las seis de la mañana... Eso es lo peor, para mí.

⁷ El coche constituye para estas madres un artefacto odiado porque aleja a los hijos del espacio que ellas controlan, y eso supone una amenaza para la seguridad de los hijos. Por el contrario, el teléfono móvil es bien valorado porque permite acercar los hijos cuando salen de noche.

—Lo peor es hasta que viene a casa... si no te dan problemas... Que no es, que se vive muy bien.

—Yo, al principio, se marchaba y ni dormía. Me decía mi marido: "pero bueno, ¿por qué?...".

—Es horrible, mirando por la ventana a las cinco de la mañana... Para mí es duro criar a los hijos.

—Para mí sí.

—Sí.

—Yo, hasta ahora,...

—Primero tienes el problema que cuando son pequeños, y luego cuando son mayores...

—Ahí no es problema... ¡qué va, qué va! De pequeñitos es una gozada.

—Está saliendo todos los días en el periódico el tema de la droga, cada vez más,... el alcohol. Es que estás en los 18 años y dices: "Es que es durísimo eso". ¿Qué harán?, ¿qué no harán?

(...)

—Es que la etapa de la infancia es una etapa tan feliz.

—El problema es cuando se hacen ya mayores.

—Son tan graciosos cuando están creciendo. Tienen cada cosa...

—¿Qué problema es? Para mí, la droga. La que más miedo me da.

—Yo es que ahora me lo planteo: "si me tocara tener hijos ahora...". No era ni por dinero, ni por trabajo, ni por esclavitud, no tendría hijos por estos problemas. Se me está haciendo supercostoso esta edad.

—A mí que se vayan por ahí y vengan a las cinco de la mañana, no me preocupa, pero lo de la droga... Es una cosa que me preocupa muchísimo.

—Lo malo es que te caiga en una cuadrilla de esas, pero no por venir a las cinco de la mañana va a ser...

—Y lo que más lucho. Si la encuentro cualquier cosa... le digo "parece que tienes mal color". "¡Mira que eso es lo peor!". Le pongo revistas, programas... La droga, el alcohol, que se metan en ese mundillo, es lo que más temo.

—Y hay un montón por aquí» (G.9, 35-37).

6.4. Valoración de otras formas de familia

Estas mujeres parecen satisfechas cuando hacen balance de lo que está siendo su trayectoria vital. Son conscientes de que han seguido un modelo tradicional de familia, y de que en la actualidad existen otras opciones de convivencia y otras actitudes ante los hijos. Durante la discusión hacen referencias constantes a otras situaciones familiares, pero las contemplan como algo lejano que ellas

nunca harían. Es como si las conocieran pero consideraran que ellas han hecho lo mejor que podían hacer en sus circunstancias.

Se debatió sobre las razones por las que las parejas actuales y, más en concreto, las mujeres jóvenes, no desean tener hijos o deciden tenerlos años después de casarse. Sus razonamientos se articulaban a partir de dos conceptos: el «trabajo» y la «comodidad».

Señalan que estudiar durante muchos años con el fin de acceder a un buen trabajo, representa un gran esfuerzo para las jóvenes, por lo que es difícil que vayan a sacrificar un empleo para tener hijos. Implícitamente, están reconociendo que la mujer actual se encuentra ante un escenario distinto al de ellas: la posibilidad de acceso a un buen trabajo. Como la mujer joven actual puede construir un proyecto laboral propio al margen del proyecto familiar, entienden que se encuentran ante una dualidad de proyectos que deben tratar de compatibilizar. La valoración de la familia adquiere ahora una complejidad a la que no tuvieron que enfrentarse ellas. Sus hijas se encuentran precisamente en esta situación, y comprenden perfectamente que se enfrentan a un dilema más complejo que el pasado por ellas.

Estas madres también creen que las mujeres actuales planifican más sus actos. Comentan que ahora se hace más «números» antes de casarse y de tener hijos. Por el contrario cuando ellas se casaron aceptaron ir a vivir a una casa con los familiares del marido, y que la vivienda estaba muy poco equipada. Creen que los jóvenes actuales tratan de reducir sus riesgos o de tener una vida más cómoda. Esta nueva actitud la califican de «egoísmo», y se la atribuyen también a sus propios hijos. Piensan que esta búsqueda de la comodidad se debe a que se han criado en un ambiente de mayor bienestar en el que no les ha costado esfuerzo obtener las cosas que poseen. La siguiente cita recoge esta percepción:

«—Hay otro problema, quizá. Ahora tienes una chica que ha estado estudiando, ha sacado su carrera, ha terminado a los 26 años, encuentra colocación, su trabajo... Se casa, decide tener su primer hijo... ¡Claro!, lo que no puedes hacer es que has estado estudiando..., te has quedado diez años estudiando para prepararte toda tu vida... abandonar tu trabajo. Tengo el hijo, ¿qué hago? Si me marchó igual pierdo el puesto después de que me ha costado encontrarlo, y he estudiado toda mi vida para este puesto... entonces, ¿qué pasa?

(...)

—Yo pienso que si es un trabajo bueno no lo dejamos. Porque los hijos crecen y luego ese puesto...

—Pero es que igual tenemos que comparar nuestros años... Yo, por ejemplo, tengo 50 años, entonces yo si me comparo con las muje-

res de ahora... antes nos casábamos antes, y nos daba igual meternos con mis padres a vivir. Y ahora, ya veo que... Yo tengo a mi hija, estamos hablando de la mía, de la vuestra, de la de todas, entonces ahora ya se quieren casar y vivir en su casa... Yo me metí en una casita vieja de mis suegros que tenían, y allí me fui, hasta que me hice mi casa...

—Eran otros tiempos.

—Pero es que ahora, ¿qué hacen? Hoy meterse en una casa vieja ya no quieren. Quieren tener un piso. Porque quieren más comodidades, yo creo.

—Y hacen bien.

—Y no se casan hasta que no tienen su buena casa.

—Yo me metí en una casa que hasta los tabiques estaban torcidos. Y ahora cuando lo recuerdo, que tengo mi casa nueva, y dices “¿te acuerdas...?”. ¡Cómo me metería yo allí! Y era feliz y no tenía nada. No tenía nada. Y tenía tres sillas... Y mi hija, hoy dice: “ama, en casa no tengo más que tres sillas. No puede venir nadie...”.

—¡Claro!, y eras feliz.

—Y hoy lo quieren todo. Todo.

—Será eso.

—No tienen hijos porque nos les interesa.

(...)

—Antes no pensabas. Te casabas, a los 23 años un hijo, al año siguiente, otro hijo. Y mi marido metiéndose en todo. Y sin hacer números.

—Si salía, salía.

—Pero también éramos muy felices. Cada uno a su manera.

—Era muy distinto. Igual más felices que ahora. No lo sé.

—Si yo volvería hacia atrás, volvería a hacer lo que he hecho.

—Y yo también.

—Yo no cambiaría.

—¿Que nuestros hijos son más egoístas? Pues sí. Porque quieren todo. Y encima como se lo dan por el morro.

—Se lo damos.

—Esa es otra. El problema es que se lo damos todo hecho. Y a nosotros no nos lo han dado hecho. Nos lo hemos tenido que hacer nosotros.

—Es que hemos pasado de un extremo a otro. No tenemos término medio.

—Por eso son egoístas. Porque como se lo damos todo.

—¿Sabes por qué? Porque no tenemos más que un hijo, dos o tres, y se lo podemos dar. Pero yo..., mi madre tenía ocho hijos y mi suegra tenía ocho hijos, entonces no podíamos esperar de ellos nada. Todo lo que nos daban era de más. Una miseria que nos daban, era mucho. No tenían nada.

—Y lo agradecerías más.

—Y ahora...» (G.9, 6-9).

Estas mujeres no sólo creen que las mujeres jóvenes tienen una actitud muy distinta ante los hijos, sino también ante los mayores. Manifiestan que no esperan ser atendidas por sus hijos cuando sean mayores porque se sienten como las últimas portadoras del modelo de familia tradicional:

«—Y hasta nuestros hijos, igual no nos tendrán el mismo cariño que nosotros tenemos a nuestros padres. Porque se han independizado antes.

—A nosotros nos mandarán a la residencia.

—Yo pienso eso, que el cariño no va a ser el mismo.

—Es totalmente distinto.

—Es que la vida lo van a hacer así. Ellos van a tener su trabajo, no lo van a dejar... Y tampoco los padres, igual, lo vamos a consentir. Yo si tengo a mi hija toda la vida estudiando, y luego trabajan-do, tampoco voy a exigir que a mí me cuide.

—Yo tampoco.

—Que viva su vida. Yo me buscaré... quien me cuide donde vaya.

—Estamos mentalizados de otra manera» (G.9, 38-39).

6.5. Conclusiones

Los resultados presentados en este capítulo permiten conocer la valoración que hacen sobre la familia las madres con una edad adulta y que forman parte de una familia dedicada a la actividad agraria. Se ha podido comprobar que la edad y el sexo de los miembros confieren un rol familiar y productivo muy definido. La ocupación parece influir en una de las dimensiones de estas familias: la sucesión de la explotación agraria. En este punto se observa que la categoría «trabajo agrario» resulta demasiado ambigua porque sólo aquellas producciones agrarias que generan cierto nivel de ingresos, como es el caso de la viticultura, ofrecen garantías de sucesión. Finalmente, también el tipo de hábitat parece influir en la manera como se percibe la familia porque en el medio rural es más común formar familias de tipo extenso, y porque es más habitual la ayuda mutua entre las madres para el cuidado de los hijos pequeños.

Entre las asistentes al grupo de discusión se ha observado una enorme homogeneidad en cuanto a sus valoraciones y opiniones sobre la familia. Sus descripciones y opiniones hacen concluir que mantienen un discurso donde la familia constituye el valor social más importante de sus vidas. Han seguido un modelo de familia de

tipo tradicional en el que el padre debe aportar los ingresos económicos a la familia y la madre ha de responsabilizarse del trabajo doméstico. La madre tiene el rol de ama de casa, un rol con el que se muestran satisfechas. No obstante, en estos años se están enfrentando a una nueva etapa en su vida motivada por la mayor independencia de sus hijos. El que no vivan regularmente en la casa por estar estudiando o trabajando, y el que acudan las noches del fin de semana a otros lugares, las está provocando un gran sufrimiento. Este hecho las ha hecho modificar su percepción sobre lo que representa tener hijos. La percepción de la familia parece variar a lo largo del ciclo vital de las personas. De hecho, estas mujeres están educando a sus propias hijas en otros valores sociales distintos a los suyos propios, y lo hacen, sin aparentes contradicciones, con el fin de prepararlas para el nuevo contexto en que les tocará vivir.

6.6. Bibliografía

- CANOVES, G. *et al* (1989) «Mujeres agricultoras, esposas agricultoras: un trabajo invisible en las explotaciones familiares». *Revista de Estudios Agro-Sociales* 147:45-70.
- CARABAÑA, J. (1993) «Educación y estrategias familiares de reproducción». En: GARRIDO, L. y GIL CALVO, E. (Eds.) *Estrategias familiares*. Madrid: Alianza Editorial.
- DÍAZ MÉNDEZ, C. y DÍAZ MARTÍNEZ, C. (1995) «De mujer a mujer: estrategias femeninas de huida del hogar familiar y del medio rural». *Agricultura y Sociedad* 76:205-218.
- EUSTAT (1999) *Anuario Estadístico Vasco, 1998*. Vitoria-Gasteiz: Instituto Vasco de Estadística.
- GABINETE DE PROSPECCIÓN SOCIOLOGICA (2002) «La familia en la CAPV-2002». *Cuadernos Sociológicos Vascos* n.º 11. Vitoria-Gasteiz: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- GARCÍA RAMÓN, M.D. (1990) «La división sexual del trabajo y el enfoque de género en el estudio de la agricultura de los países desarrollados». *Agricultura y Sociedad* 55:251-277
- GASSON, R. (1984) «Farm women in Europe: their need for off farm employment». *Sociologia Ruralis* 24, 3/4:216-228
- GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, J.J. (1993) «Efectos perversos de las estrategias familiares en la agricultura. En: GARRIDO, L. y GIL CALVO, E. (Eds.) *Estrategias familiares*». Madrid: Alianza Editorial.
- KUALITATE LANTALDEA (2002) «La familia en la CAPV-1997». *Cuadernos Sociológicos Vascos* n.º 10. Vitoria-Gasteiz: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.

- MAULEÓN, J.R. (1998) *Estrategias familiares y cambios productivos del case-río vasco*. Vitoria: Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco.
- SAMPEDRO, R. (1996) «Mujeres del campo: los conflictos de género como elemento de transformación social del mundo rural». En: GARCÍA DE LEÓN, M.^a A. *El campo y la ciudad*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- SOLSONA, M. (1994) «Actividad laboral y constitución familiar. Estudio comparado por Comunidades». En: EMAKUNDE *Demografía y políticas públicas*. Vitoria-Gasteiz: Emakunde-Instituto Vasco de la Mujer.
- ZERO TAILER SOZIOLOGIKOA (1998) *Las mujeres en Alava: género y desigualdad social*. Vitoria-Gasteiz: Diputación Foral de Alava y Departamento de Bienestar Social.